

BOLIVAR EN PATIVILCA

En las playas peruanas moribundo
Y combatido por contraria suerte
Ve ante sus pies la imagen de la muerte
El noble contendor del Viejo Mundo.

Apenas puede en su dolor profundo
Alzar el brazo desmayado, inerte,
Que en las lides ayer robusto y fuerte
Esgrimía la espada furibundo.

¿ Y podrán la traición, el bravo ibero
Y la fiebre voraz que le devora
Doblar al fin su corazón de acero?

Al verlo así, con tono lastimero
Le preguntan, ¿qué hacer? Con voz sonora
¡Triunfar! responde el inmortal guerrero.

Ruperto S. Gómez

**LA CORTESIA DEL LIBERTADOR EN SUS
RELACIONES CON EL EPISCOPADO**

En pos de la batalla de Boyacá (7 de agosto de 1819), que tanto contribuyó a afianzar la causa de la Independencia en el Nuevo Reino de Granada, hallábase este país exhausto de pastores eclesiásticos, hecho éste que vino a ser palpable, por sus funestas consecuencias, para una inteligencia tan sagaz, tan rápida y profunda como la que poseía el Libertador y que lo acredita como verdadero hombre de Estado. De allí el esfuerzo que hizo para allegarse la buena voluntad del Ilmo. señor don Rafael Lasso de la Vega, Obispo de Mérida, de Maracaibo, y convertir-

lo en colaborador del nuevo régimen republicano; y la admirable acción diplomática que puso en ejercicio, durante la penosa campaña de Pasto, desde 1822, para atraer a la misma causa la adhesión de un personaje español dotado de clara inteligencia, actividad, resolución, entereza y energía, que por múltiples motivos se había visto compelido a poner sus facultades, hasta entonces al servicio de la causa del Rey en la provincia de Pasto. Este personaje era el Ilmo. señor don Salvador Jiménez de Enciso y Cobos Padilla, Obispo de Popayán, quien debía su encumbrada posición eclesiástica precisamente a la intervención del poderío español.

De este período interesante de la vida pública del Libertador, y que tan a las claras nos muestra, al lado de la visión del estadista profundo, la fe cristiana del caballero bien nacido, tomamos un importante opúsculo de un docto jesuíta español, el R. P. Pedro Leturia, profesor de Historia eclesiástica en el Colegio Máximo de Oña y miembro correspondiente de la Academia nacional de Historia de España, obra que se publicó en Madrid en 1925, y que lleva por título "El ocaso del Patronato real en la América española. Allí la acción diplomática de Bolívar ante Pío VII (1820 a 1823), a la luz del Archivo Vaticano".

En el capítulo V de aquella obra (reproducido en la revista "Popayán", y más detenidamente en el "Boletín de Estudios Históricos", del Departamento de Nariño, (Nos. 31 y siguientes), se nos revela el genio diplomático del Libertador, el tacto y cortesía que le distinguían en sus relaciones con el Episcopado, la profunda fe cristiana que conservaba el alma de aquel hijo de familia bien educada y bien nacida, y lo muy distante que él estaba de las tendencias demagógicas y demoleadoras de los caudillos

pretéritos y futuros del republicanismo radical de ambos hemisferios. Bolívar comprendía entonces maravillosamente, cuánto le importaba para el triunfo de su causa su franca y leal inteligencia con la Iglesia, inspirarle confianza en la rectitud de sus intenciones, en sus altos propósitos de reconstrucción, lo cual estaba muy lejos de las tareas demoleedoras a que se daban otros caudillos amamantados a los principios deletéreos de la Revolución francesa.

En el capítulo V de la obra citada aparecen los rasgos biográficos del Ilmo, señor Jiménez; la política de Bolívar con los pastusos y con el Obispo de Popayán (1821 y 1822), y el feliz encuentro de aquel Obispo con el Libertador en Pasto.

Allí el relato que de todos estos incidentes le hizo el mismo señor Jiménez a la Santidad de Pío VII, lo cual contribuyó probablemente a determinar al Sumo Pontífice siguiente (León XII), a reconocer, a despecho de los agentes del Gobierno de España, la independencia de la república de Colombia, y a atender sus preces para la provisión de las sillas episcopales vacantes.

Lo primero que se le ocurrió al Ilmo. señor Jiménez, en los tiempos de su entrevista con el Libertador, en Pasto, fué obtener su pasaporte para trasladarse a España; mas Bolívar le instó a permanecer en su diócesis consagrado a los deberes de su ministerio, so pena de hacerse responsable ante el Juez Supremo de los males resultantes del abandono del cargo pastoral, y usó para ello de tal destreza de argumentación, al propio tiempo que con tanto tino en la forma, que terminó por hacerlo desistir de su proyecto de ausencia. Así que el señor Obispo regresó a Popayán, y en los años siguientes se portó con los miramientos correspondientes a un Prelado patriota. Y muerto el Libertador, tuvo buen cuidado

de atestiguar los sentimientos afectuosos que a él le ligaban y en varios apartes de la oración fúnebre dejó constancia de la bien templada fe cristiana que caracterizó al gran caudillo de la Independencia de la América del Sur.

E. Gómez Barrientos

BOLIVAR EN SANTA ANA

La guerra a muerte que asolaba a Venezuela había conducido a tal extremo de crueldad, que los dos Jefes supremos de los beligerantes, **Bolívar** y **Morillo**, se entendieron en la Conferencia de Santa Ana para la regularización de la contienda, al modo usual entre los antiguos caballeros.

Tocóle al Libertador hacer los honores de la casa.

Esa noche ya habíanse retirado a su dormitorio Morillo y la gente de su séquito, mientras Bolívar daba el último vistazo para cerciorarse de que todo estaba en orden.

¡Cuál no sería su sorpresa al ver al general Hermógenes Maza en actitud amenazante, frente a una puerta!

La espada desenvainada, el ceño adusto, la mirada inquieta, recelosa y atrevida y la agitación del guardián revelaron al Libertador que su subalterno tenía entre manos algún plan siniestro.

—“Retírate, véte a acostar”, le dijo Bolívar.

—Acostarme yo, mi General, eso no es posible.

—“Ven y sígueme”

Y llevándole al cuarto en donde estaba el general Morillo, le dijo:

—“Mira cómo duermen tranquilos estos seño-